

—Es probable, pero no estoy seguro de ello. Lo que sé es que hace mucho tiempo le confiaron algún dinero, no mucho, según tengo entendido, para que lo entregase por pequeñas partidas á esa señora cuando le hiciese mucha falta. Algunas veces se muestra orgullosa y deja pasar años sin pedir; y otras es tan pobre que lo reclama al punto. Pasa su existencia retorciéndose como una víbora herida, y no hay en el mundo mujer más iracunda, más arrebatada, vengativa y cruel. Hoy ha venido á pedir dinero, pretextando una necesidad muy urgente.

—Creo—observó Clennam con aire pensativo,—que he averiguado por casualidad para quién es ese dinero.

—¿De veras? Pues si es para estipular algún contrato, aconsejaría á la parte contraria que no falte á su compromiso, porque esa mujer, aunque joven y hermosa, es temible; yo no me fiaría de ella si la hubiese faltado en algo, á menos que padeciese alguna enfermedad incurable y quisiera acabar de sufrir de una vez.

Arturo, que repasaba mentalmente sus observaciones sobre la señorita Wade, reconoció que convenían bastante bien con las de Pancks.

—Lo que extraño—continuó el agente,—es que esa mujer no haya puesto en un brete á mi propietario, por ser el único individuo á quien pueda echar mano por el hecho de conocer su historia. A propósito, le diré á usted de paso, aquí para entre los dos, que algunas veces me siento bastante inclinado á arreglarle las cuentas al Patriarca.

—¡Por Dios, Pancks, no hable usted así!

—Entendámonos—repuso el agente apoyando en el brazo de Clennam los cinco sucios dedos de su mano derecha, cuyas uñas había roído con provecho;—no quiero decir que le cortase el cuello, pero juro á usted por todo lo más sagrado, que si se extralimita demasiado, le cortaré la cabellera.

Después de darse á conocer bajo otro aspecto por esta terrible amenaza, Pancks se despidió gravemente de Clennam y alejóse á todo vapor.



CAPITULO X

Los sueños de la mujer de Jeremías se complican

El imprevisto encuentro con la señorita Wade y Tattycoram había preocupado mucho á Clennam por espacio de tres ó cuatro días, sugiriéndole las más diversas reflexiones, pero como sus conjeturas no le condujeron á sacar nada en limpio, fuéle forzoso resignarse á una enojosa incertidumbre.

Entre tanto, como hacía ya tiempo que no visitaba la triste casa de su madre, cierto día de los que acostumbraba dedicar al cumplimiento de este deber, salió de la fábrica á eso de las nueve de la noche y dirigióse con lento paso á la lúgubre mansión donde había pasado su infancia.

Su imaginación le representaba siempre la casa materna lúgubre y misteriosa, tan melancólica como lo era el barrio donde se hallaba; y al pasar por las solitarias calles que á ella conducían, contemplando los desiertos almacenes, las casas de banca abandonadas, y todos los antiguos edificios que en otro

tiempo constituyeron un vasto emporio comercial, decíase mentalmente: «¡Cuántos secretos, cuántas iniquidades, cuántas injusticias se habrán encerrado entre esas paredes! ¡Cuántos abusos de confianza, cuántas falsificaciones se han cometido quizás, que el sol de mañana podría descubrir!» Arturo parecía muy predispuesto á entregarse en aquella hora á todo género de reflexiones; y como las sombras eran cada vez más densas, á medida que se acercaba á la morada de su madre, pensó también en los secretos encerrados bajo las bóvedas del cementerio inmediato á la casa, donde los que habían acumulado las riquezas secretamente en sus arcos de hierro, estaban á su vez sepultados por toda una eternidad, sin dejar por esto de hacer daño, puesto que contribuían á corromper el aire de aquel distrito.

Y pasando de unas reflexiones á otras, Arturo pensó igualmente en la triste habitación ocupada en otro tiempo por su padre; pensó en la expresión suplicante del autor de sus días pocos momentos antes de morir, y parecióle que hasta la atmósfera misma de aquel cuarto, desierto ya, encerraba algún importante secreto; la obscuridad y el polvo de todo el edificio tenían también cierto carácter singular; y en medio de aquel conjunto misterioso destacábase la parálitica, con su expresión inflexible, con su voluntad inquebrantable, siempre resuelta á no revelar nunca los secretos de su vida, ni menos los de su difunto esposo.

Arturo acababa de entrar en la estrecha calle que confinaba con el recinto y el patio de la casa de la señora Clennam, cuando oyó pasos muy cercanos, tanto, que juzgó oportuno cercarse á la pared para que no tropezaran con él, pero no anduvo bastante listo para evitarlo; y quedó tan sorprendido por el choque, que el transeúnte tuvo tiempo para decirle con toda tranquilidad: «Dispense usted, no ha sido mía la culpa;» y alejarse un buen trecho.

Vuelto en sí de su sorpresa, Arturo vió que el hombre que acababa de tropezar con él era precisamente el mismo en quien pensaba hacía tres ó cuatro días; no podía suponer que aquella fuese una semejanza fortuita ó falaz, no; estaba viendo al mismo individuo, al que acompañaba á Tattycoram y habló después con la señorita Wade.

La calle bajaba hacia el río, formando una pendiente bastante rápida y un recodo; el desconocido, que sin estar precisamente ebrio parecía hallarse algo más que alegre, se alejó con tal rapidez, que Clennam le perdió de vista, y como tenía

empeño en seguirle, apretó el paso á fin de alcanzar pronto el recodo que le ocultaba al extranjero; cuando llegó, éste había desaparecido.

Cerca ya de la casa de la viuda, miró á lo largo de la calle y pudo ver que estaba desierta; allí no había ningún sitio donde esconderse; y como Clennam no oyó abrir ni cerrar puerta alguna, supuso que el desconocido llevaba la llave preparada en la mano y que habría penetrado ya en su casa.

Arturo prosiguió su camino, y cuando al llegar á la verja del pequeño patio de entrada levantó la cabeza para mirar las ventanas de la habitación de su madre, no fué poco su asombro al ver al hombre que buscaba, con la vista fija también en las ventanas y sonriendo de un modo singular. El extranjero se había detenido sin duda sólo para observar, pues al breve rato avanzó resueltamente, franqueó los gastados escalones, y llamó á la puerta con un fuerte aldabonazo.

La sorpresa de Clennam no fué bastante para impedirle que tomara desde luego su partido: cruzó también el patio y subió la escalerilla. El extranjero, después de mirarle con aire arrogante, comenzó á cantar á media voz y llamó de nuevo.

—Parece que es usted algo impaciente—díjole Arturo.

—¡Rayo del cielo!—contestó el desconocido,—la impaciencia es propia de mi carácter.

Al ruido que hizo la prudente Affery al sujetar la cadena antes de abrir, los dos interlocutores volvieron la cabeza; la mujer de Jeremías, dejándose ver á través de la puerta entornada con un candelero en la mano, preguntó con desentona-da voz:

—¿Quién llama así á semejante hora?... ¡Cómo! ¡Arturo! —exclamó al verle el primero;—seguramente no puede ser usted quien se anuncie de esta manera... ¡Ah! ¡Dios me ampare!... No... ¡ahora veo que es el otro, que ha vuelto!

—¡Claro que soy yo! señora Flintwinch—replicó el desconocido;—abra usted la puerta para que pueda abrazar á mi amigo Jeremías; abra pronto... vea yo cuanto antes á ese querido Flintwinch.

—Ha salido—contestó Affery.

—Pues vaya usted á buscarle... ¡Amigo del alma!... Dígame que su querido Blandois acaba de llegar á Inglaterra; que su caro Blandois, su pimpollo, su cariñoso compañero, le aguarda con ansia. Abra usted la puerta, hermosa señora Flintwinch, y por de pronto permítame subir á ofrecer mis respe-

tos... á su ama. ¿No le ha ocurrido novedad alguna? Muy bien, me alegro mucho; abra usted..., abra usted.

Con gran sorpresa de Arturo, la mujer de Jeremías, guiñando los ojos, como para prevenirle que no debía intervenir en aquella visita, desenganchó la cadena y abrió la puerta. El desconocido, sin la menor ceremonia, penetró en la antecámara, dejando á Clennam en libertad de seguirle ó no.

—¡Vamos, despache usted!—dijo el extranjero á la mujer de Jeremías;—traígame á mi Flintwinch y anúncieme á la señora.

—Affery—dijo Arturo en voz alta y tono severo, midiendo al desconocido de pies á cabeza con una mirada de indignación,—¿quién es ese hombre?

En el mismo instante oyóse la voz de la señora Clennam, que gritaba desde su habitación:

—Affery, déjalos subir á los dos; Arturo, ven al instante.

—¡Arturo!—exclamó Blandois, descubriéndose y saludando cortésmente.—¿El hijo de la señora? Soy el más fiel servidor del hijo de la señora.

Clennam dirigió al extranjero una mirada tan hostil como la primera, y girando sobre sus talones, sin contestar al saludo, subió la escalera, siguiéndole el desconocido; mientras que Affery salía para buscar á su esposo.

Un observador que hubiese asistido á la primera visita del señor Blandois á la viuda, habría notado una diferencia en la conducta de ésta durante la segunda, aunque esta diferencia consistía sólo en la obstinación con que fijó la vista en Blandois desde el momento de entrar en la habitación. Dos ó tres veces también, cuando el visitante levantaba la voz, inclinábase la parálitica, apoyando las manos en el sillón como para indicarle que escucharía cuanto deseara. Arturo no dejó de observarlo, mas no podía apreciar la diferencia respecto al proceder de la señora Clennam al recibir la primera visita y la segunda.

—Señora—dijo Blandois,—ruego á usted me dispense el honor de presentarme á su señor hijo; me parece que se muestra hostil conmigo, y desde luego le diré que no ha sido cortés.

—Caballero—contestó con viveza Arturo,—quien quiera que sea usted, y sea cual fuere el objeto que aquí le trae, puede estar bien seguro de que si yo mandase en esta casa, le habría enseñado ya el camino de la puerta.

—Si fuera usted el amo sí, pero no lo es—replicó la madre,

sin mirar á su hijo.—Desgraciadamente para la satisfacción de sus injustificables preocupaciones, aquí no manda usted, Arturo.

—No tengo la menor pretensión de esta especie, madre. Si censuro la conducta de esta persona (y tengo tanto motivo para ello, que si me asistiese algún derecho no toleraría su presencia aquí ni un instante más,) sólo es por usted.

—Pues si yo tuviese motivo de queja—replicó la viuda,—no necesitaría apelar á los otros, porque me basto yo misma.

Blandois, que acababa de sentarse, comenzó á reír ruidosamente y dióse una palmada en el muslo.

—No tiene usted derecho alguno—continuó la señora Clennam, sin separar la vista de Blandois, aunque hablaba directamente con su hijo,—para criticar aquí á nadie, y menos á un extranjero, sólo porque no adopta las costumbres de usted ni le toma por modelo. Es muy posible que el señor pudiera criticar también los modales de usted, partiendo del mismo principio.

—No digo lo contrario—contestó Arturo.

—Al hacernos su primera visita—prosiguió la señora Clennam,—este caballero nos entregó una carta de recomendación de una casa muy apreciable y digna de toda nuestra confianza. Ignoro completamente cuál será el objeto de su presente visita, y no hay que suponer que yo tenga la menor idea sobre lo que hemos de hablar (la viuda frunció las cejas al decir esto, recalcando marcadamente sus palabras;) pero cuando ese caballero me explique el objeto de su visita, lo cual le rogaré que haga apenas vuelva Flintwinch, estoy segura que veremos que se trata de algún asunto de nuestra especialidad, más ó menos importante, al que tendremos el gusto de prestar toda nuestra atención, como un deber.

—Eso lo veremos muy pronto, señora—repuso Blandois.

—El señor—continuó la viuda,—conoce á Flintwinch, y cuando vino á Londres la primera vez, recuerdo haber oído decir que pasaron la noche juntos, separándose luego como los mejores amigos del mundo. Yo no puedo saber siempre lo que se hace fuera de esta habitación, ni tampoco me interesan los pequeños incidentes de cada día; pero recuerdo muy bien lo que ahora he dicho.

—Por esta vez no se engaña usted, señora; todo eso es exacto—repitió Blandois, soltando una carcajada.

—Ya ve usted, Arturo—dijo la viuda,—que el señor es aquí un conocido y no un extranjero; y por lo tanto es muy sen-

sible que usted, dejándose llevar de su mal carácter, le ponga tan mala cara. Yo siento mucho esto, y debo decirlo delante de él, porque sé que usted no se lo diría. Además, el caballero sólo tiene que tratar con Flintwinch y conmigo.

En aquel instante se oyó abrir y cerrar la puerta de entrada, y un momento después presentóse Flintwinch: apenas hubo entrado en la habitación, Blandois se levantó riendo y estrechó á Jeremías en sus brazos.

—¿Cómo va, amigo del alma?—exclamó.—¿Qué se hace ahora? ¡Vamos, ya veo que sigue tan bueno como antes! ¡Tanto mejor, tanto mejor! ¡Ah! hoy me parece usted más joven; está usted fresco y florido como la primavera. ¡He aquí un buen hombrecillo... buen muchacho, buen muchacho!

Mientras que prodigaba estos cumplidos al señor Flintwinch, Blandois había apoyado sus manos en los hombros de Jeremías, haciéndole dar tantas vueltas, que el viejecillo acabó por parecerse á un trompo cuando va perdiendo la fuerza que le impulsó á girar.

—La última vez que le ví—dijo Blandois,—tuve ya el presentimiento de que llegaríamos á conocernos más íntimamente. ¿No lo va usted comprendiendo así también?

—A fe mía que no—replicó Flintwinch,—aun no. Pero, ¿no sería mejor que tomase usted asiento? Si no me engaño, ya ha pedido usted un poco de ese vino de Porto ¿no es así?

—¡Qué chancero está usted, hombre!—exclamó Blandois.—¡Ah, ah, ah!

Y rechazando al viejecillo lejos de sí, como para coronar aquella serie de bromas, Blandois fué á sentarse en su silla.

La sorpresa, la cólera y la indignación con que Arturo contempló aquella escena, hicieronle enmudecer. Flintwinch que había retrocedido dos ó tres pasos por el impulso que acababan de comunicarle, acercóse con el rostro tan impasible como siempre y miró con fijeza á Arturo. El viejecillo estaba tan impenetrable como de costumbre; la única diferencia que se notaba en él era que el nudo de su corbata, en vez de hallarse debajo de la oreja, como habitualmente, estaba en la nuca, semejando una coletilla.

Así como la señora Clennam tenía siempre los ojos fijos en Blandois, en quien parecían producir cierta fascinación, del mismo modo Flintwinch no dejaba de mirar á Arturo: hubiérase dicho que se habían puesto de acuerdo para elegir cada cual su víctima. En cuanto á Flintwinch, de pie y acaricián-

dose la barba, no parecía sino que deseaba arrancar sus pensamientos á Clennam.

Al poco rato, el visitante, á quien aquel silencio molestaba, levantóse y fué á colocarse delante de la chimenea de espaldas al fuego sagrado que ardía allí hacía tanto tiempo; y entonces la viuda, moviendo por primera vez una de sus manos para hacer á su hijo una señal de despedida, díjole con cierta sequedad:

—Arturo, hágame el favor de dejarnos hablar de nuestros negocios.

—Obedezco, madre, pero, contra mi voluntad.

—Sea como fuere, hágame el favor de dejarnos—repuso la viuda;—podrá usted venir otro día, cuando considere como un deber pasar una triste media hora conmigo. Buenas noches.

Así diciendo, la paralítica alargó sus dedos cubiertos de franela, para que su hijo pudiera tocarlos; y al inclinarse éste á fin de dar un beso á la enferma, notó que su mejilla estaba más fría que de costumbre. Blandois castañeteó sus dedos, con ademán desdeñoso.

—Señor Flintwinch—dijo Clennam,—con mucha sorpresa y no menos repugnancia dejo al amigo de usted en la habitación de mi madre.

Blandois castañeteó los dedos por segunda vez.

—Buenas noches—dijo Arturo.

—Buenas noches—contestó la viuda.

—Yo tuve una vez un amigo, compañero Flintwinch—dijo Blandois, sin cambiar de postura (comprendíase tan fácilmente que aquello era una indirecta contra Clennam, que éste se detuvo un momento en el umbral de la puerta para escuchar,) que había oído contar tan terribles historias sobre este barrio y lo que en él sucede, que no se habría atrevido á venir aquí por la noche con dos personas que pudieran tener algún interés en hacerle desaparecer... ni aún tratándose de visitar la respetable casa donde estamos... ¡Bah! era un gran cobarde. ¿No es verdad, Flintwinch?

—Un imbécil—dijo Flintwinch.

Sin dignarse contestar, lo cual no hubiera podido hacer tampoco, porque casi le sofocaban la cólera y la indignación, Clennam se limitó á lanzar al visitante una mirada desdeñosa, á la que contestó Blandois castañeteando una vez los dedos, á la vez que entreabría sus labios una sonrisa de mal augurio.

—¡En nombre del cielo, Affery!—murmuró Clennam en voz baja, mientras que la mujer de Flintwinch le abría la puerta,—¿qué sucede aquí?

La mujer de Jeremías, oculta la cabeza en su delantal, contestó con voz ahogada por la especie de velo que la cubría:

—No me pregunte usted nada, Arturo, pues no sé cuánto tiempo hace que paso la vida soñando. ¡Váyase usted!

Clennam salió sin decir una palabra más, y al dirigir una mirada á las ventanas de su madre, parecióle que la opaca luz que á través de ellas se filtraba, le repetía la contestación de Affery:

«No pregunte usted nada. ¡Váyase usted!»



CAPITULO XI

Otra carta de la niña Dórrit

«Querido señor Clennam: Como en mi primera le dije que sería mejor que nadie me escribiese, puedo dirigirle mi segunda sin causarle más molestia que la de leerla si tiene tiempo, lo cual dudo, dadas sus ocupaciones; pero confío que un día ú otro no le faltará un rato. Voy á pasar, pues, una hora hablando con usted, advirtiéndole que esta vez escribo desde Roma.

»Hemos salido de Venecia con los señores Gowan, pero no han estado en el camino tanto como nosotros, ni seguido tampoco la misma dirección; y así es que al llegar los encontra-